



www.capitanalatraste.com

PRIMERAS PÁGINAS
Con ánimo de ofender

Testigo del siglo

Empezó en 1991. Al principio fue de forma dispersa, pero a partir del mes de julio de 1993 aquello se hizo costumbre. Todos los domingos Arturo Pérez-Reverte publica desde entonces un artículo en las páginas del suplemento El Semanal, la revista que distribuyen el fin de semana veinticinco periódicos regionales y que alcanza, según el último Estudio General de Medios, un índice de 4.033.000 lectores, lo que la convierte en el suplemento más leído los domingos en España.

Han transcurrido más de diez años desde que publicó en esta revista el primer artículo, en 1991. Una década es un tiempo para muchos cambios. En ese período han nacido unos periódicos y se han cerrado otros; han gobernado unos partidos y, después, los contrarios; se han publicado tantos libros que son imposibles de abarcar; han muerto algunos escritores; ha habido demasiadas guerras en el mundo. Pero en ese largo tiempo, durante tantas semanas, no ha faltado ni una sola vez el artículo puntual de este escritor en las páginas de la revista. Y en todos ellos ha mantenido siempre el compromiso de una sinceridad sin tapujos con el lector. La respuesta ha sido la demanda, por parte de los lectores, de esa página como un hábito necesario para el debate, la réplica o la confirmación de las propias convicciones. «Somos muchos lectores y otros tantos gustos, intereses y opiniones —podía leerse en una carta al director, el 17 de mayo de 1998—, pero les ruego que no me priven de los artículos de Arturo Pérez-Reverte».

Así que este autor ha publicado casi cuatrocientos artículos literarios durante los últimos diez años. Los primeros están recogidos en el capítulo titulado «Sobre cuadros, libros y hé-

roes», que cierra el libro *Obra breve/1*, publicado en 1993. Los siguientes, a partir de esa fecha, componen el libro *Patente de curso* (1993-1998), en el que junté una selección de los artículos aparecidos hasta entonces, prescindiendo de aquellos que, por referirse a un hecho concreto, perdían sentido fuera del contexto en el que se publicaron.

Con este mismo criterio se edita este nuevo libro, que continúa allí donde terminaba el anterior. «Sabes que no es realmente malo que las cosas se vayan —escribía Pérez-Reverte en el último párrafo de aquel libro—; sólo ley de vida, y al cabo uno mismo termina yéndose con ellas, como debe ser. Lo triste sería no darte cuenta de que se van, hasta que un día miras atrás y compruebas que las has perdido». Los artículos de Pérez-Reverte incorporados a este nuevo libro tratan de poner orden sobre aquello que se va, sobre los sucesos cotidianos, sobre el mundo difuso, inabarcable y a veces incomprensible en el que estamos inmersos.

Uno de los rasgos que definen la literatura moderna es la permeabilidad de los géneros literarios. Biografía y novela, lirismo y narración, documento y relato, cuento y artículo de periódico han roto hace tiempo sus fronteras. Estos artículos son todos realistas: parten siempre de un hecho verídico, de la evocación de la vida de una persona real o del comentario de un suceso cierto. Pero en ellos se entremezcla la narración anecdótica, la opinión, la historia y el ensayo. El autor aporta a la realidad una mirada propia, un punto de vista personal y, sobre todo, un peculiar tratamiento lingüístico. Por eso estos artículos son testimonios certeros de la época actual y, al mismo tiempo, originales recreaciones literarias; algunos de ellos, verdaderos cuentos. Entre todos reúnen los temas más candentes y las preocupaciones más comunes de esta época, las costumbres más extendidas y los tipos que pueblan el panorama diario de las calles, de los despachos de trabajo, de los medios de comunicación.

Algunos historiadores y críticos literarios han empleado el método de rastrear a través de los textos de la literatura los modelos sociales, las relaciones humanas, los personajes que definen una época o un grupo social determinado. José-Carlos Mainer o Andrés Amorós lo han aplicado a algunos géneros literarios recientes. Sociólogos como Amando de Miguel se han basado en obras literarias para reconstruir las coordenadas de la vida y del pensamiento de una etapa histórica. La literatura de Pérez-Reverte es un material adecuado para este fin. Lo que hicieron los escritores costumbristas sobre el siglo XIX lo está haciendo él en estos artículos sobre el siglo XX. Larra es el paradigma de esa actitud de observador minucioso de la realidad y escritor certero de los comportamientos de sus coetáneos. Con él comparte Pérez-Reverte la capacidad literaria para plasmar descripciones vivas, la actitud crítica ante la mediocridad cotidiana, la rebeldía ante un mundo que no le satisface y el empleo de unos recursos lingüísticos personales que convierten estos textos en artículos literarios imperecederos, alejados de la caducidad propia del medio periodístico.

Ya señalé en un trabajo anterior que Arturo Pérez-Reverte se sitúa con estos artículos en la tradición literaria que arranca en el costumbrismo romántico: en la pasión, el sarcasmo y el sentimiento dolorido de Larra. Una tradición que continuaron los escritores de la Generación del 98, como han documentado detalladamente Pedro Gómez Aparicio y Félix Rebollo en distintas publicaciones. Unamuno, Baroja, Azorín o Valle-Inclán plasmaron en revistas y periódicos de su tiempo el devenir social y estético en el que vivieron. Sus artículos fueron, así, una contribución esencial a la historia política, moral y literaria de su época. De la recopilación de esos artículos surgieron libros imprescindibles para comprender la literatura de principios de siglo, desde España y los españoles o Del sentimiento trágico de la vida, de Unamuno, a Juan de Mairena, de Antonio Machado, Las confesiones de un pequeño filósofo, de

Azorín, y hasta el esperpento Luces de bohemia, que Valle-Inclán publicó inicialmente en forma de folletín periodístico. Esa tradición literaria del periodismo como dinamizador de la conciencia crítica la potenció Ortega y Gasset antes de la guerra, a través de sus escritos en El Sol, en la revista España, en El Espectador, en Revista de Occidente. En las páginas de El Sol verían la luz por primera vez, en 1929, los artículos que componen La rebelión de las masas. De tal manera que el artículo vivió una de sus etapas más fructíferas en esas décadas anteriores a la guerra civil, en las que importantes revistas y periódicos fueron para los escritores del momento un lugar de debate, de polémica y de creación literaria. Esa tendencia sobrevivió después de la guerra a través del magisterio de autores como González Ruano o Eugenio d'Ors y experimentó en la década de los años setenta un nuevo resurgimiento, del que dan fe la abundancia heterogénea y la calidad de los autores que cultivan el artículo periodístico en la prensa española desde entonces hasta finales del siglo; autores actuales a los que me he referido ya en otros trabajos. En ese contexto y en esa rica tradición literaria se sitúan los artículos de este autor, convertidos en testimonios de una época bastante agitada.

En este sentido, los artículos cumplen una función distinta al resto de su obra literaria. En esta década Pérez-Reverte ha ido consolidando una obra narrativa formada ya por trece novelas, que lo han convertido en uno de los escritores actuales más leídos, con ediciones de sus obras en más de veinte países. Títulos como El maestro de esgrima, La tabla de Flandes, El club Dumas o La piel del tambor constituyen algunas de las novelas más apreciadas por los lectores en distintos países. Y la serie protagonizada por el capitán Alatríste es, sin duda, la serie novelística más emblemática de la literatura española actual. En la mayoría de sus novelas hay siempre una evocación histórica, mediante la cual recrea el autor tiempos pasados en los que todavía era posible encontrar valores que se

han perdido en el tecnificado mundo actual. Con una mezcla de presente y vestigios del pasado, Pérez-Reverte construye en esos libros su propio mundo literario. La estructura narrativa, la trama de la historia, la creación de los personajes son para este autor una forma de poner orden, de organizar el tiempo, de crear un universo personal de ficción. Ese universo es el contrapunto al paisaje mediocre de la realidad cotidiana. «He vivido en un mundo que no me ha gustado, que he detestado muchas veces», explicaba en una entrevista el 21 de octubre de 2000. Y seguía: «Yo combato el vacío que todos tenemos con la creación de ese mundo de aventuras, de viajes, de sueños, de imaginación, de tesoros, de libros perdidos que recupero y los hago otra vez vivos; y eso hace que el hecho de envejecer y de vivir sea soportable, placentero, pleno y grato. Escribiendo detesto menos el mundo, me detesto menos a mí mismo, me reconcilio con las cosas buenas porque yo creo el mundo a mi manera».

Frente a esa actitud de crear un mundo de ficción personal, los artículos literarios suponen un enfrentamiento con el mundo de la realidad. Pérez-Reverte realiza en ellos un ejercicio de comprensión. La literatura se convierte en estas páginas en un medio para entender el mundo, en una forma de explicarlo y en un vehículo para denunciar aquello que no le gusta.

El balance no es, desde luego, optimista. Pérez-Reverte ha hablado en más de una ocasión del «naufragio de este final de siglo», en el que hay muy pocas cosas a las que agarrarse. Un siglo que «termina de muy mala manera —ha explicado—: No hay grandes palabras ni causas ni banderas ni héroes». No hay consuelo. «Antes el hombre tenía palabras como patria, dignidad y cosas de esas a las que agarrarse y consolarse de la inmensa soledad de la condición humana.» Pero «el tiempo nos ha quitado la inocencia».

Pérez-Reverte no rehúye esos espacios ensombrecidos de la sociedad actual. Al revés: ése es el terreno en el que se

mueven sus artículos. Su cometido es poner de manifiesto aquellas conductas en las que prevalece la mediocridad, la hipocresía, la falsedad, la brutalidad humana. Desenmascarar la barbarie. No sólo en sus manifestaciones más escandalosas, sino también en su expresión diaria: la marginación social de las ciudades, la violencia cotidiana, la ignorancia. Incluso algunos artículos que pueden parecer más anecdóticos no son otra cosa que una imagen simbólica de este mismo tema: la conciencia herida de estar contemplando un mundo bárbaro. Cuando escribe sobre la zafiedad de algunos comportamientos, sobre el vestir hortera o sobre ciertas costumbres cutres, esos asuntos son expresión en estos textos de la ordinariez, la mediocridad, el talante cazarro y el mal gusto. «Todo eso, que parece anecdótico, no lo es —escribió el 10 de agosto de 1997—. Supone un síntoma evidente de la degradación del respeto entre los españoles, del escaso aprecio que nos tenemos a nosotros y a nuestras instituciones y de la peligrosa facilidad con que confundimos cordialidad y grosería». Y la grosería es, también, una forma de barbarie.

Ese alegato está expresado en los artículos de una forma tajante y sin eufemismos. La retórica del lenguaje se adapta a esa intención, mediante un empleo eficaz del registro idiomático más apropiado en cada caso. Hasta el insulto y el «taco» hispano se convierten en ese contexto en la síntesis más rotunda de la indignación, en la forma contundente de expresar la denuncia y, a veces, simplemente en un desahogo por la impotencia ante lo que está irremediablemente mal hecho.

Como ha detallado en un estudio reciente Jiménez Ramírez, estos artículos son un muestrario de la riqueza expresiva del lenguaje coloquial. En ellos conviven clichés lingüísticos coloquiales con originales metáforas, comparaciones, metonimias y otros procedimientos expresivos. El lenguaje se adapta, de este modo, al tema y a la intención crítica de estos textos. El

empleo de voces de germanía, modismos, frases hechas, léxico de argot, invención de términos mediante recursos gramaticales, procedimientos de sufijación y asociaciones burlescas de todo tipo emparentan la prosa de Pérez-Reverte, en este aspecto, con el Quevedo más satírico, más burlón y más crítico con la sociedad de su tiempo. Y esa retórica no es, desde luego, improvisación; es estilo, artificio lingüístico, elaboración literaria de la realidad. De forma que la prosa de Arturo Pérez-Reverte en estos artículos es una de las más ricas, ágiles y expresivas del periodismo literario actual.

Algunos de estos recursos contribuyen a dotar a los textos de una característica fundamental: el humor. En estos artículos, los guiños al lector, desplantes, hipérboles, comparaciones disparatadas, juegos de palabras y otros procedimientos aportan desenfado, ingenio y burla al texto y añaden esa necesaria visión humorística que suaviza el drama de las situaciones que se describen. Junto a ellos, el empleo de la ironía y el sarcasmo refuerza la finalidad burlesca, satírica y ridiculizadora de unos comentarios convertidos en diatribas acusadoras de un mundo infame.

Las invectivas de estos artículos no encierran una intención moralizadora, aunque sí expresan el deseo de un mundo más habitable. Transmiten la añoranza de una sociedad en la que pudieran pervivir valores como la nobleza o la integridad. Manifiestan nostalgia de una convivencia humana basada en el respeto y la solidaridad, de unas relaciones personales construidas sobre la lealtad y la honradez, de unos comportamientos guiados por el empeño por cumplir el deber y por el afán dorsiano del trabajo bien hecho. Por eso se presentan con dignidad y admiración aquellas personas que ejemplifican esos valores: el soldado que se juega la vida en el cumplimiento del deber, quienes se enfrentan con lealtad y coraje a la hipocresía del mundo, las víctimas que la sociedad abandona como marginados y malditos, y aquellos que, a pesar de

todo, desempeñan su papel con orgullo. Todos esos personajes demuestran que en el tablero del mundo «todavía hay peones capaces de jugar el juego de la vida con dignidad y con vergüenza»; que todavía quedan héroes, escribe en una de estas páginas, «en el sentido clásico del término: con valores morales cuya observación e imitación pueden hacernos mejores y más nobles». Aunque sean los últimos héroes.

Ese contrapunto nostálgico de una heroicidad cotidiana en un mundo hostil y mediocre aleja estos artículos de la desesperación romántica. «En pocos escritores de nuestras letras —ha escrito Julio Peñate— se compagina una visión sin contemplaciones de la naturaleza humana con la persistencia obstinada de la esperanza». Pero la salvación es personal. A los personajes de estos textos les salva el orgullo de su propia dignidad. Y eso les hace héroes solitarios: «El peón está allí de pie, en su frágil casilla. Y esa casilla se convierte de pronto en una razón para luchar, en una trinchera para resistir y abrigarse del frío que hace afuera. Ésta es mi casilla, aquí estoy, aquí lucho. Aquí muero. Las armas dependen de cada uno. Amigos fieles, una mujer a la que amas, un sueño personal, una causa, un libro».

Por eso, en el conjunto de estos artículos no hay actitudes alarmistas ni histeria melodramática. Señalaré un detalle que puede parecer ínfimo, pero que se me antoja revelador. Los textos reunidos en este libro están escritos mientras se vivía la transición de un siglo a otro, que ha coincidido, además, con el fin del milenio. Todos los finales de siglo se parecen. Los sociólogos hablan de la existencia en esas fechas de una cierta ansiedad colectiva, en la que se mezcla la nostalgia del pasado, el pesimismo del presente y la incertidumbre ante el porvenir. Y así acabó el siglo XX: con alguna histeria colectiva, con polémicas banales sobre cuál era en realidad el último año del milenio, con celebraciones frívolas y con infundados temores informáticos bastante catastrofistas. Aquel 31 de di-

ciembre de 2000, Pérez-Reverte escribió: «Tenía previsto hacer una especie de reflexión sobre cómo este siglo que acaba empezó con la esperanza de un mundo mejor, con hombres visionarios y valientes que pretendían cambiar la Historia, y cómo termina con banqueros, políticos, mercaderes y sinvergüenzas jugando al golf sobre los cementerios donde quedaron sepultadas tantas revoluciones fallidas y tantos sueños. Iba a comentar algo de eso, pero no voy a hacerlo». El artículo se titula «El rezagado» y lo que realmente escribe en ese último día del año 2000, mientras el calendario cambia de año, de siglo y de milenio, es una alegoría sobre la lucha por la vida. Una afirmación del esfuerzo, de la dignidad de la derrota, de la aceptación de la vida con sus leyes. Cuenta el empeño de un ave por seguir el aleteo ágil del grupo con el que intenta emigrar, cruzando el mar, hacia las tierras cálidas de África. El cansancio le retrasa, y hace tiempo que ha quedado rezagada, y vuela sola. «La bandada está demasiado lejos, y él ya sabe que no la alcanzará nunca. Aleteando casi a ras del agua, con las últimas fuerzas, el ave comprende que la inmensa bandada oscura volverá a pasar por ese mismo lugar hacia el norte, cuando llegue la primavera, y que la historia se repetirá año tras año, hasta el final de los tiempos. Habrá otras primaveras y otros veranos hermosos, idénticos a los que él conoció. Es la ley, se dice. Líderes y jóvenes vigorosos, arrogantes, que un día, como él ahora, aletearán desesperadamente por sus vidas. Y mientras recorre los últimos metros, resignado, exhausto, el rezagado sonríe, y recuerda.»

En esa imagen piensa el escritor cuando termina un siglo y otro acaba de empezar. En estos artículos Pérez-Reverte es testigo de ese tiempo de transición, de las batallas cotidianas, del desquiciamiento de unos, del esfuerzo heroico de otros, de la soledad de todos: como Quevedo en su época, como Larra, como Valle-Inclán. Los artículos son espejos de ese tiempo incierto y confuso, que es nuestro propio tiempo. Aunque no nos

guste. Y eso no es malo ni es bueno. Es sólo una sabia verdad de Perogrullo: «Hay cosas que son como son, y nada puede hacerse para cambiarlas».

JOSÉ LUIS MARTÍN NOGALES

1998

Casas Viejas

Tengo un amigo que se llama Fran y tiene veinte años. Fran vive en Benalup, un pueblo de la provincia de Cádiz, y sueña con escribir. No con ser escritor, que nada tiene que ver; sino con escribir un libro. Uno concreto, que tal vez tuvo simiente cuando él sólo era un crío, en la casa donde su abuelo, entre trombosis y trombosis, le hablaba de la guerra civil y de los tiempos de la República. Le hablaba de Casas Viejas.

La generación de Fran, por supuesto, ignora qué significa el nombre de Casas Viejas. Ignora que en el año 1933 aquélla era tierra donde la gente moría de hambre junto a cortijos inmensos acotados para cazar o para la cría de reses bravas. Por eso un día los campesinos anarquistas agarraron la escopeta y la canana con postas y proclamaron el comunismo libertario en aquel rincón de Andalucía. Luego se tizaron la cara con picón, tomaron el cuartelillo de la Guardia Civil como quien asalta la Bastilla y le pegaron un tiro al sargento. Y cuando el Gobierno de la República mandó a restablecer el orden al capitán Rojas y a más de un centenar de guardias de asalto y guardias civiles con la famosa orden «*ni heridos ni prisioneros, los tiros a la barriga*», casi todos los sublevados se echaron al monte. Casi todos menos seis hombres y dos mujeres que en la choza de paja y toniza del Seisdedos se batieron durante trece horas a tiro limpio, hasta morir entre llamas, bombas de mano y fuego de ametralladora. Después, exasperados por la resistencia y resueltos a hacer un escarmiento, los guardias sacaron de sus casas a los sospechosos de haber participa-

do en la rebelión; y al terminar todo, junto a la choza calcinada, los vecinos contaron catorce cadáveres.

A Fran lo obsesionan esos fantasmas, como a otros jóvenes de su edad pueden obsesionarlos un examen, un puesto de trabajo, la litrona, el sexo, Mozart o la música de bakalao. Tiene el aplomo de quien lee mucho y bien, y le resulta fácil establecer paralelismos históricos, definir familias políticas, estudiar el sucio pasteleo que siguió a la tragedia, identificar la vil casta de sinvergüenzas que en 1933 hizo posible Casas Viejas como hoy hace posibles otras infamias, con ese aceptable escritor y mediocre político llamado Manuel Azaña —a quien don José María Aznar dice ahora leer mucho— quitándose los muertos de encima, con el director general de Seguridad queriendo sobornar al capitán Rojas para que se volviera mudo, y con todo cristo usando aquello como arma contra el adversario, sin importarle a nadie una puñetera mierda el pueblo ni sus habitantes: España ruin, profesionales de la demagogia, del titular de periódico y de los trenes baratos, siempre dispuestos a calentarse las manos en cualquier hoguera donde ardan otros. No hace falta remontarse a 1933 para echarse tal gentuza a la cara.

Aunque es joven, Fran sabe todo eso. Entre otras cosas porque ha aprendido a descifrarlo en los libros; que, incluso embusteros y manipulados a veces, a la larga nunca mienten y de ellos se recicla hasta la basura. Fran sabe que la Cultura de verdad, la que se escribe con mayúscula, no es sino letra impresa, sentido común, humildad del que desea aprender, buena voluntad y memoria. Quizá por eso sueña con escribir una novela histórica en la que salga Casas Viejas. Un relato en el que pueda materializar las palabras de su abuelo, los recuerdos de todos esos ancianos de Benalup de cuyos labios escuchó el episodio, y que por su parte lo escucharon de boca de otros que a su vez lo

hicieron de los protagonistas. Fran no se resigna a que los viejos del lugar sigan muriendo poco a poco y cada entierro se lleve a la tumba tantas cosas por legar: historias trágicas, hermosas, terribles, heroicas, útiles, que extinguido su recuerdo oral ningún joven podrá ya conocer nunca. Historias que nos explican cómo somos de héroes y de caínes, y por qué somos así y no de otra manera. Historias que nos avergüenzan de esta tierra nuestra, tan desgraciada y miserable, y al mismo tiempo también nos dan fuerzas para seguir alentando la esperanza de lo que todavía late en innumerables corazones.

Me cuenta Fran que a su pueblo andan queriendo cambiarle el nombre, o enriquecérselo, convirtiéndolo en Benalup-Casas Viejas. Y a él y a mí nos parece muy bien. Porque cuando ese día llegue, Fran y yo tenemos un compromiso: llenar una bota de vino, subir a la sierra y bebérsela entera en cualquiera de los escondites donde Seisdedos y los otros pudieron haberse guarecido de la injusticia, y no quisieron.